

Dirigida por Josetxo Beriain

59

GEORG SIMMEL  
UNA REVISIÓN CONTEMPORÁNEA

1	Natalia Cantó i Milà	Gustavo Leyva	4
2	Rafael S. Farfán Hernández	Laura Angélica Moya López	13
3	Jorge Galindo	Margarita Olvera Serrano	11
4	José Luis García	Otthein Rammstedt	
5	Adriana García Andrade	Ramón R. Reséndiz García	12
6	Amalia Patricia Gaytán Sánchez	Valentina Salvi	13
7	Francisco Gil Villegas M.	Ramón Vargas Maseda	12
8	Lidia Girola	Esteban Vernik	12
		Gina Zabludovsky	12

# ÍNDICE

Presentación, <i>por Olga Sabido Ramos</i> .....	5
--	---

## PARTE I HUMANIDADES

Introducción, <i>por Adriana García Andrade</i> .....	17
Georg Simmel: el diagnóstico de la modernidad de un existencialista neokantiano, <i>por Francisco Gil Villegas M.</i> ..	23
El problema de la individualidad en Georg Simmel, <i>por Gustavo Leyva</i> .....	41
Entre el tiempo vivido y el tiempo histórico. Algunos elementos de filosofía de la historia en el pensamiento de Georg Simmel, <i>por Laura Angélica Moya López</i> .....	61
Formación humanista y pedagogía en Georg Simmel, <i>por Esteban Vernik</i> .....	85

## PARTE II SOCIOLOGÍA

Introducción, <i>por Lidia Girola</i> .....	105
Georg Simmel (1858-1918), <i>por Otthein Rammstedt</i> <i>y Natalia Cantó i Milà</i> .....	112
Las implicaciones políticas y sociales de la filosofía de la vida de Georg Simmel, <i>por Rafael S. Farfán Hernández</i> .....	128
Max Weber y Georg Simmel, <i>por Gina Zabudovsky</i> .....	143
La exploración sociológica. Estructura analítica y recursos metodológicos en Georg Simmel, <i>por Ramón R. Reséndiz García</i> ..	161
Simmel y Goffman: la relevancia del conocimiento artístico-literario en la construcción de una teoría sociológica relacional, no antinómica, <i>por Ramón Vargas Maseda</i> .....	177

La generalización metafórica como estrategia cognitiva: a propósito de la estética sociológica de Georg Simmel, <i>por Jorge Galindo</i> .....	192
El sentir de los sentidos y las emociones en la sociología de Georg Simmel, <i>por Olga Sabido Ramos</i> .....	211

PARTE III  
MODERNIDAD

Introducción, <i>por Jorge Galindo</i> .....	233
Espacio, modernidad, individualización. El legado simmeliano, <i>por Margarita Olvera Serrano</i> .....	240
El individuo: una posición relacional entre nivelación y diferenciación. Notas para una crítica de la cultura posmoderna, <i>por Valentina Salvi</i> .....	259
Dualidad y contradicción en Simmel: por una teoría sociológica del género, <i>por Amalia Patricia Gaytán Sánchez</i> .....	274
Cultura y tecnología en Georg Simmel, <i>por José Luis García</i> .....	290
Sobre la libertad. Fragmentos de la obra póstuma .....	315
Prefacio del editor, <i>por Otto Baensch</i> .....	315
I .....	316
II .....	329
III .....	336
Notas .....	341
Autores .....	345

*José Luis García*

En el pensamiento de Georg Simmel nos encontramos con una focalización específica y unas referencias anticipadas, aunque embrionarias, respecto al tema de la ciencia y la tecnología moderna en la sociedad industrial y metropolitana. En el ámbito de la teoría social y de las humanidades, este hecho coloca a Simmel entre los pioneros de la reflexión en este campo. Esta constatación, sin embargo, no ha sido reconocida ni sometida a un análisis profundo por el área actual de estudios sociales sobre la tecnología ni por la rama filosófica que se ha dedicado, en las últimas décadas, a su cuestionamiento y meditación.<sup>1</sup>

En el mismo sentido (hasta donde nos es posible conocer), al notable trabajo llevado a cabo por el ilustre y ya amplio grupo de autores y académicos que ha permitido colocar a Simmel en su merecido lugar de clásico de la sociología y pensador insigne e influyente, es posible aún añadir su papel en cuanto precursor de la reflexión sobre el mundo moderno como sociedad tecnológica y, en particular, como primer formulador de la tesis de la autonomización de la tecnología.<sup>2</sup>

1. Obras de investigación extremadamente valiosas sobre las formas en las que el análisis social y las humanidades conciben la tecnología no mencionan ni prestan atención al carácter visionario de Simmel en este aspecto. Es el caso, por ejemplo, de Jay Weinstein (1982), Carl Mitcham (1994), Mikael Hard y Andrew Jamison (1998), así como de Gilbert Hottois y Pascal Chabot (2003).

2. Es este el caso, por lo menos, de las importantes interpretaciones de la obra de Simmel propuestas por Aron (1981 [1935]), Levine (1985 [1957]), Weingartner (1962), Oakes (1980, 1984), Freund (1981), Frisby (1992 [1981], 2002 [1984]), Léger (1989), Watier (1986, 2000), Liebersohn (1988), Weinstein y Weinstein (1993), Vandenberghe (1997, 2002), Waizbord (2006 [2000]), Leck (2002), que no focalizan o no interpretan

Cubrir esa ausencia, complementando el trabajo de las aproximaciones citadas sobre la tecnología y el pensamiento de Simmel, es el principal objetivo de este escrito. En éste se revela la perspectiva teórica que condujo su visión, se presentan sus principales comentarios sobre la tecnología y se llama la atención sobre la poderosa resonancia que ellos han producido en la contracorriente cultural de crítica a la sociedad tecnológica, formada a lo largo del siglo XX.

La exploración de su obra a través del punto de vista del análisis suscitado por el debate sobre la tecnología nos conduce a la constatación de dos verdades. La primera es que Simmel se encuentra entre los primeros teóricos (tanto en la filosofía como en la sociología) que vieron en la tecnología y en la tecnicidad un fenómeno crucial; la segunda es que sus aclaraciones sobre la modernidad como era científico-tecnológica no sólo son penetrantes sino que han dejado un legado de interpretaciones y de crítica que se harán, más adelante, claramente identificables. Como es de esperar, existen serias limitaciones en las propuestas desarrolladas por Simmel hace más de un siglo sobre el tema de la tecnología y, sobre todo, no podemos esperar encontrar en ellas la respuesta a muchos de los grandes desafíos que el pensamiento de nuestros días tiene que afrontar. Sin embargo, la teoría de la cultura que edificó a lo largo de toda su obra, su actitud escéptica frente a la ideología del progreso, su distancia respecto al historicismo y al cientificismo, la coherencia que mantuvo entre esa distancia crítica y su propuesta de sociología como ciencia social, el cuadro que desarrolló sobre la relación del hombre con el mundo en la sociedad moderna, su análisis del dinero como objeto mediador en un contexto caracterizado por la monetarización, tecnificación y megaurbanización, y caracterizado por una concepción específica de la vida y de las relaciones humanas; todo ello contiene propuestas de gran alcance sobre el significado social y axiológico de la tecnología moderna y de su dinamismo independiente, la fenomenología de la instrumentalización, el proceso de

con suficiente detalle la relación que es posible establecer entre su pensamiento y muchos de los abordajes y conceptos que posteriormente se hicieron comunes en el análisis de la tecnología y de la sociedad tecnológica. Se detecta el mismo problema en obras más antiguas que editaron estudios sobre Simmel, como las de Kurt H. Wolff (1959) y Lewis A. Coser (1965), que contaban con ensayos de una pléyade de figuras donde se incluían, además de los propios editores, Durkheim, Tönnies, Bouglé, Sorokin, Salomon y Becker, entre otros.

objetivación (*Entäusserung*), alienación (*Entfremdung*) y reificación (*Verdinglichung*), siendo estos últimos problemas bien conocidos y analizados por los atentos estudiosos de Simmel.

Este artículo está compuesto por tres partes principales: en la primera se desarrolla la conexión entre los elementos esenciales de su propuesta epistemológica de análisis de la realidad social y la forma como, a través del ejemplo del dinero, él comprendió el carácter mediador de los objetos y artefactos; en la segunda se mostrará su comprensión del fenómeno tecnológico en cuanto sistema cultural; en la última parte se reconstituirá su *Zeitdiagnostik* y su argumentación precoz a favor de la tesis de la autonomización de la tecnología.

Este esfuerzo de análisis teórico estará orientado por la idea de que la herencia simmeliana en el estudio de las primicias de la modernidad y de la expansión científico-tecnológica exige hoy menos el intento de su imposible restitución pura, y más un trabajo de interpretación rigurosa —aunque inequívocamente inventiva—, porque el esfuerzo de no tergiversar su semántica original no debe impedir que su problematización sea conforme al imperativo de refocalización propio del tiempo en el que vivimos.

### I. Simmel, pionero en la reflexión crítica sobre la tecnología

El tópico de la ciencia y la tecnología se presenta en la obra de Simmel de dos formas: por un lado, a través de los comentarios explícitos e incisivos que presenta en su conocido estudio sobre el dinero, en especial en el último capítulo; por otro, en varios trabajos y ensayos relevantes, anteriores y (sobre todo) posteriores a esa obra, que contienen ideas poderosas, originales y decisivamente influyentes sobre el período moderno como edad científico-tecnológica. En este segundo caso, debemos claramente incluir las obras en las que aborda en profundidad y de forma constante su teoría de la cultura y su diagnóstico de la sociedad moderna. Defendiendo que la cultura humana se expresa de dos formas fundamentales contrapuestas —la cultura objetiva y la cultura subjetiva—, y siguiendo el ideal formativo procedente de Herder, Humboldt y Hegel, Simmel integra la ciencia y la tecnología en la primera, junto con otras formas de realización de las potenciali-

dades que encierra el desarrollo de la cultura humana. En la medida en la que aquel par de conceptos juega un papel central en su pensamiento sobre la cultura y en su análisis del mundo moderno, sus estudios sobre la cultura invocan implícitamente y hacen presente el fenómeno de la ciencia y de la tecnología. Mucho de lo que Simmel discute sobre el ámbito de la cultura puede ser alargado a la interrogación sobre la tecnología.

Entre los textos más relevantes del autor sobre la cultura (y más pertinentes para el campo que estamos considerando) se encuentran sus notas expuestas en el contexto del problema de la división del trabajo en su primera obra significativa, *Sobre la diferenciación social*, de 1890, que contiene diversas incursiones en problemas que tratará en sus abordajes siguientes: en su texto de 1896 sobre «La Exposición Universal de Berlín»; su famoso, corto e incisivo ensayo sobre la vida en las grandes ciudades, «La metrópolis y la vida del espíritu», de 1903; el ciclo de conferencias *Schopenhauer y Nietzsche*, de 1907; los textos «De la esencia de la cultura», «El futuro de nuestra cultura», «El concepto y la tragedia de la cultura» y «El conflicto de la cultura» (su último ensayo), publicados entre 1917 y 1919. Encontramos también apuntes muy originales sobre la relación entre cultura, tecnología y género en los estudios «Lo Masculino y lo Femenino» y «Cultura femenina». En todos estos trabajos nos es posible reconocer observaciones remisibles *lato sensu* a la tecnicidad de la vida moderna. Por lo tanto, no son apenas los comentarios explícitos desarrollados por Simmel en la *Filosofía del dinero* los que le convierten en uno de los pioneros del análisis de la relación entre la tecnicidad y el carácter de la vida contemporánea y, en lo relativo a la teoría social y desde el punto de vista que aquí proponemos, en el primer autor de la tesis de la autonomía de la tecnología. Su estudio sobre el dinero ofrece una visión más amplia, sólida y rica en matices de la comprensión crítica que desarrolla sobre la cultura y tecnología modernas, y constituye simultáneamente una de sus primeras propuestas, razón por la cual le dedicaremos una atención privilegiada en este texto.

Muchos de sus conceptos y análisis permiten aproximaciones a teorías y problemáticas relacionadas con el debate sobre la sociedad de masas tecnológica posteriores a su tiempo, tales como la importancia de la mediación instrumental, la definición de los problemas de la tecnología, la monetarización de la economía y

el estilo de vida, el fenómeno de la nivelación y el consumismo, la alienación cultural, la racionalidad, la conmensurabilidad y el distanciamiento entre los medios y los fines de la acción, la aceleración del mundo contemporáneo, la relación entre la época científico-tecnológica y la vida metropolitana, el estado ausente de esencia o especificidad ante el mundo (patente en su famoso concepto ideal-tipo *blasé* o indiferente). A este tan significativo conjunto de conceptos debemos añadir aún la anticipación de Simmel en lo que se refiere a muchas de las aproximaciones características de la fenomenología respecto a nuestra experiencia de todos los días mediada por «técnicas de la vida práctica» (empleando un concepto suyo para caracterizar el dinero), y también a nuestra relación con el tiempo y el espacio, tan presentes en *Filosofía del dinero* y en su texto «La aventura».

Es cierto que se podría argumentar que Simmel no dedicó un estudio particular al problema de la tecnología; sin embargo, los desarrollos y las implicaciones de la ciencia y de la técnica moderna ocupan un lugar importante en muchos de sus trabajos centrales, en el sentido en que las comprendió como parte integrante y característica de la cultura moderna que se extiende hacia el campo de la religión y del arte, de la vida urbana y de la economía. En este sentido, se aplica a Simmel el comentario que sobre una situación idéntica Julien Freund, el agudo conocedor de Weber, hizo a propósito de éste: después de llamar la atención por la aparente contradicción de haber sido Weber uno de los sociólogos contemporáneos que más enfatizó el papel capital de la tecnología —siendo posible encontrar este concepto en «casi todas las páginas de sus escritos sociológicos» (1998 [1966]: 279)— sin haber consagrado una obra especial a su discusión, Freund argumenta: «En realidad, si Weber no consideró que fuera aconsejable dedicar un estudio especial a la técnica, fue porque la encontró por todas partes en el decurso de sus investigaciones» (*idem*).

## II. Epistemología y mediación instrumental

Es en el contexto de una teoría de la cultura de enormes implicaciones donde tiene lugar la contribución original de Simmel al tema de la tecnología. La importancia atribuida a la cultura es indisoluble de una posición epistemológica original para el análisis

sociológico, que se expresa en la centralidad que Simmel concede al plano de la experiencia subjetiva y al proceso de su transferencia hacia la dinámica social y material en su conjunto.

En *Sobre la diferenciación social*, a consecuencia del tratamiento del proceso de diferenciación del desarrollo de la individuación humana —un problema paralelamente abordado en Durkheim y Tönnies—, Simmel, diez años antes de la publicación de su estudio sobre el dinero, formula por vez primera una teoría de la objetividad racional de la cultura, que constituye el germen de su tesis de la tragedia de la cultura. Uno de sus más consagrados intérpretes, David Frisby, resalta este hecho y nos enseña cómo Simmel ya presentaba, en ese trabajo, la idea de que las instituciones y otras formas de vida llenas de sentido e intensamente significativas estaban siendo sustituidas por otras que, *per se*, parecían completamente mecánicas, externas y sin vida (2002 [1984]: 76-93, *maxime*, 88). Esta transformación era considerada por Simmel como una expresión peculiar de la vida cultural, añadiendo que los sujetos tienden a no incorporar más grandes ideales —ejemplificando con la figura del soldado moderno comparada con del caballero medieval, o con la del obrero respecto al artesano. El aumento de la complejidad dificultaba la incorporación, por los individuos, de un concepto fuertemente unificador. La diferenciación que separa el elemento intelectual de una actividad hacia que los aspectos mecánicos e intelectuales asumiesen una existencia separada. Éste sería, por ejemplo, el caso de la costurera respecto a la máquina de coser, en donde esta última representa la cristalización objetiva de los elementos intelectuales que la componen, lo que la separa de la costurera al no poseer esta última tales conocimientos concernientes a su propia actividad. La actividad de esta trabajadora se tornaría entonces más mecánica después de la incorporación de la máquina a su forma de trabajo. Las instituciones, los órdenes y las asociaciones sociales tienden, en este sentido, a hacerse más mecánicos y externos, y a no servir al progreso de la cultura (*idem*).

Por lo tanto, el proceso cultural se desarrolla en el cuadro de un dualismo esencial que habita en el ser humano. Por un lado, el espíritu objetivo derivado de las objetivaciones donde la vida originada por la subjetividad se cristaliza; por otro, y en sentido contrario, el espíritu subjetivo, nacido de la configuración que asciende de la naturaleza hacia la cultura y que busca la nobleza de la vida individual. La subjetividad y la objetividad, la interior-

ridad y la exterioridad, revelan una grieta irreparable, aunque abierta a un movimiento infinito que, pese a estar sometido a la búsqueda de la unidad, no tiene una solución unitaria completa. Es este movimiento de doble postulación el que, al buscar la unidad, constituye el flujo entre el ser y el devenir, tejiendo y entretejiendo la multiplicidad de su situación en el mundo. En esta línea de pensamiento, la cultura subjetiva y la cultura objetiva o son una derivación o son una expresión de la relación autónoma entre vida y forma.<sup>3</sup>

Tal y como sucederá con Max Weber, Simmel siempre estuvo preocupado con el hecho de que la modernidad estaba cada vez más caracterizada por la tecnicidad, en el sentido de un tipo de acción marcada por la abstracción, métodos formales y objetivos de administración a través de cálculo y control, cuantificación e impersonalidad. Este argumento será el eje central de *Filosofía del dinero*, el primer gran texto donde Simmel se mueve desde la abstracción general de la teoría de la cultura hasta el análisis de la significación social del dinero y la relevancia de su rol como mediador en el ambiente cultural donde se mueve y que ha ayudado a crear. El dinero que, reconocidamente, ya había merecido la atención de Marx —posiblemente menos en *El capital* que en su largo esbozo manuscrito, escrito en 1857-1858, y que constituye los *Grundrisse*; en donde uno de los capítulos de esta obra se abre a una lectura de latitud superior a la que incita aquella primera obra al profundizar más en la relación entre el capitalismo y el problema del valor—,<sup>4</sup> constituye el objeto *par*

3. La propuesta sociológica de Simmel pretende identificar «formas de asociación» autoconstituyentes de la sociedad (como, p. ej., la subordinación, el conflicto, la competición, el mimetismo, la división del trabajo) y contenidos (como los intereses, las inclinaciones, los deseos, las pulsiones, los fines y los estados psíquicos). Desde sus primeros textos hasta el último (publicado ya póstumamente), *Lebensanschauung*, la idea de vida nunca había dejado de ser una obsesión para Simmel. La comprendió tanto en su objetividad sin conciencia (*Zôê* en griego, *Leben* en alemán) como en la experiencia subjetiva de lo vivido (*Bios* en griego, *Eyleben* en alemán). Su insistencia en desarrollar en su pensamiento categorías dualistas, relacionales, procesales, fluidas y metafísicas está directamente conectada con su visión vitalista de la vida como «movimiento de vida». La experiencia subjetiva de la vida es entendida como un movimiento creador y abierto a la unidad que presupone la oposición entre formas y contenidos. La vida constituye, en este sentido, un tercer elemento que abarca la dinámica moviente, tensa y estructurante de una oposición que hace plausible una complementariedad que será siempre problemática.

4. Sobre este tema, valdrá igualmente la pena considerar *La cuestión judía*, de 1844, donde Marx desarrolla su orientación crítica del orden jurídico-político en nombre de la realidad económica por él cubierta.

*excellence* que propició que Simmel realizara un estudio de base filosófico-cultural sobre la sociedad moderna. *Filosofía del dinero* es, de hecho, un larguísimo ensayo sobre la sociedad, la cultura y la vida del hombre moderno, realizado a partir de la minuciosa exploración metafórica del dinero como *medium* instrumental y presentado como un gran tratado.

En este estudio de largo alcance, Simmel toma como punto inicial el problema del valor; acercándose a la escuela neokantiana de Baden y descubriendo la esencia del dinero como una forma pura de intercambio.<sup>5</sup> Este acto, por un lado, incorpora el elemento o la función de las cosas a través de las cuales ellas se convierten en económicas y no se expresan como tal, sino como su totalidad; por otro, manipula su significación en la transformación del valor que se agrega a las cosas a través de su intercambio. Su pensamiento sobre el todo social fluye en dos sentidos principales, a lo largo de un caudal discursivo casi ininterrumpido. El primero resulta de la comprensión del dinero como un producto de la objetivación y autonomización del valor. El segundo se realiza a través de la presentación del dinero, por un lado, en calidad de fuerza estimuladora y productora de la reificación de las relaciones sociales y de la transformación de los fines de la acción en medios; y por otro, asociado a una lógica de liberación individual que impulsa (y que tantas veces algunos de sus intérpretes destacan de forma unilateral, como veremos más adelante).

A lo largo de su extenso estudio sobre el dinero, Simmel reitera sistemáticamente, de una forma completamente novedosa en la sociología, el ámbito de su tecnicidad. Como definirá en la parte final de su obra, el dinero es una técnica de la vida exterior (o *technique of practical life*, en la traducción de Bottomore y Frisby, 1990 [1900]: 485). Quizá podríamos decir que, desde su punto de vista, *el dinero como medio* tiene un «modo de existencia» —recordando la expresión sobre los objetos técnicos de Gilbert Simondon (1969)—, en el sentido en que también encontramos, en su realidad y en el movimiento objetivo de la acción mediadora, la concretización a través del dinero de un modo de ser en el que los hombres participan, no como simples usuarios sino como participantes plenos. El dinero asegura, a través de su mediación, la conversión de los valores de uso de objetos únicos

5. Para una comprensión profunda de este problema, véase Natàlia Cantó i Milà (2005).

en valores de cambio sustituibles. A semejanza de lo que observará Simondon sobre los sistemas técnicos, la lógica de red monetaria impulsada por el dinero también instituye una red de conexiones, no sólo con las cosas sino también del hombre consigo mismo, destinado a un devenir de conexión con el mismo mundo creado por el sistema monetario. Al tener el hombre la necesidad de intervenir para que el dinero exista, y al atribuirle en este proceso una condición de existencia separada, el ser humano se ve de cierta forma envuelto en un sistema —en este caso, la economía monetarizada— que apenas conserva su eco.

De este modo, el propio movimiento de la circulación del dinero consiste en un proceso que desvaloriza la esencia singular de cada objeto a favor de su posterior revalorización como dinero. Esa revalorización transforma, en última instancia, el objeto en un signo desvalorizado, en el sentido de que es inespecífico y cuantitativo. Tal como Marx nos describió en los *Grundrisse*, los objetos, convertibles en mercancías a través de la acción del dinero, se convierten *pari passu* en dinero; éste, a su vez, se convierte en todas las mercancías. En la cadena animada por el dinero, todos los objetos que ella puede cubrir adquieren la forma no esencial de la mercancía. La circulación de los objetos, posible por la circulación del dinero, implica la autonomización de su propia circulación como fuente de valor.

Por eso Simmel, aun cuando empezó por definir el dinero como un medio, acaba por entenderlo finalmente como algo más que un medio de intercambios, ya que la mediación que el dinero realiza asegura el funcionamiento de cualquier sistema abarcado por la monetarización. Al imponerse como código absoluto, el dinero, como medio, determina su propio fin, se vuelve autónomo, y con ello, el intermediario se convierte en el elemento decisivo. De ahí que Simmel describa el dinero como el «medio de los medios» (1990 [1900]: 485), en una exploración del papel mediador que ya contiene la insinuación de una comprensión del proceso de mercantilización como una «economía política del signo», recordando el concepto de Jean Baudrillard (1981 [1972]).

Junto con su teoría de la cultura, este tipo de percepción le proporciona a Simmel una base sólida para la reflexión sobre los usos y significados de los objetos, la cultura de las mercancías y la experiencia del ser humano con la realidad a través de la tecnicidad. Sin lugar a dudas, ese esfuerzo constituyó una de

las antecámaras de la crítica del mundo moderno y de la fenomenología de la instrumentalización. Sólo mucho más tarde tuvo seguidores esta pista desarrollada por Simmel —la de colocar como «variable independiente» un medio, un objeto o un artefacto—, como es el caso de Innis, Mumford o Norbert Elias.<sup>6</sup>

El estudio de Simmel sobre el dinero no es un análisis de su uso o del mundo económico, pero sí de la relación entre los ámbitos del espíritu y de la realidad social, en la medida en que esta interacción es modelada por el *medium* dinero, sus significados y los comportamientos que origina. A través del estudio del dinero, Simmel ofrece un ejemplo magistral de interrogación del mundo de los objetos que progresivamente ha pasado a envolver y conectar a los seres humanos. Tal y como el arqueólogo, frente a la materialidad del dinero, ve en él apenas la punta de un iceberg de tendencias y conexiones, no sólo económicas sino también espirituales, de estilos de vida y relaciones con el mundo. Su objetivo se revelará, como veremos, no tanto el dinero como el panorama completo del mundo específico que el medio «dinero» ha ayudado a crear —en otras palabras, la cultura moderna, la vida, como categoría metafísica, en la sociedad tecnológica.

### III. Desvío artificial de la cultura humana y tecnificación interior: la tecnología como estado de la relación del ser humano con el mundo

Será en el tercer y último capítulo de la *Filosofía del dinero* (dedicado a las relaciones entre la economía monetaria y el «estilo de vida»), más concretamente a partir de la segunda sección, donde encontraremos la primera gran formulación de la teoría de la cultura de Simmel y sus aclaraciones más explícitas sobre

6. Innis (1971 [1923]) destacó la acción de las tecnologías de la comunicación en las transformaciones sociales e históricas, donde también incluye el ferrocarril (como ya hiciera Marx anteriormente). Mumford (1934) consideró el reloj como un aparato tecnológico clave para la creación del mundo donde vivimos. Norbert Elias atribuyó una importancia «civilizatoria» a los más diversos instrumentos de la vida doméstica, entre los cuales los utensilios de corte y manipulación de alimentos, considerados como una «encarnación de las psiques» y «materialización de situaciones sociales y de leyes de organización social» (2000 [1939]: 166). Más recientemente, Langdon Winner, en «Do Artifacts Have Politics?» (1986), tuvo el acierto de destacar con énfasis la pertinencia política de la tecnología y su relación con el orden social.



la ciencia, la tecnología y la tecnicidad de la vida moderna. Este capítulo se convertirá en uno de los más perspicaces *Zeitdiagnostiker* de las tendencias profundas de la época moderna.<sup>7</sup>

La transformación de la cultura objetiva en una finalidad de la acción del ser humano produce la atrofia del espíritu subjetivo al subyugar el sentido de la vida humana a la supremacía de uno de los aspectos de su modo de ser sobre los demás. Desde la perspectiva simmeliana, este proceso puede ser señalado como una reducción del dualismo de la cultura a un espíritu objetivado que es apenas formalmente intelectualizado —o, en una palabra, «tecnificado». Esta *tecnificación interior*, según el concepto que aquí proponemos (como objetivación extrema de la vida y del pensamiento), revela una distorsión atrofiada de la acción humana y una desfiguración cosificadora de hombres y mujeres. Un tal *desvío reificado* de la cultura, dicho de una forma que no sería propiamente la de Simmel, puede ser definido como constituyendo un estado de la situación alienada del ser humano con el mundo en una época peculiarmente científico-tecnológica.<sup>8</sup>

Pensamos que es precisamente en este sentido que deben ser interpretados los famosos ensayos de Simmel sobre la metrópolis, la tragedia de la cultura y la cultura femenina. Todo nos parece indicar que la importancia que Simmel concede a esos ámbitos de la vida —y a otros como el consumo, el viaje y los sentidos— se debe a la sólida conciencia de que es en la conexión íntima entre varios de esos ámbitos donde los modelos y las actividades de carácter moral y social pueden producir sus resultados; de ahí

7. Las palabras de Habermas son claras a este respecto: «Creo que Simmel debe su impresionante influencia, aunque frecuentemente anónima, al diagnóstico filosófico-cultural de la época, que desarrolló por primera vez en el capítulo final de *Filosofía del dinero*» (1996: 408). Sobre la importancia del diagnóstico de la época hecho por Simmel, véanse F. Gil Villegas M. (1998 [1996]: 116-224), S. Giner (2004 [2001]: 341-386), Waizbort (2006 [2000]: 115-303). Al mismo respecto, véase también la excelente revista dedicada a la obra de Simmel, organizada por Olga Sabido Ramos (2003), *Acta Sociológica*, «En torno a Georg Simmel», n.º 37.

8. Esta concepción sobre el rumbo seguido por el proceso histórico-cultural se encuentra sintetizada con una claridad extraordinaria en los últimos párrafos de otro texto: «Por lo menos, el desarrollo histórico camina en la dirección de aumentar cada vez más la distancia entre las realizaciones culturales objetivamente creadoras y la situación cultural de los individuos. La disonancia de la vida moderna, especialmente la intensificación de la tecnología en todos los ámbitos, asociada a una profunda insatisfacción con ella, surge en gran parte del hecho de que las cosas se hacen cada vez más cultivadas, pero las personas sólo en una medida mínima están en condiciones de alcanzar, a partir de la mejora del objeto, una mejoría de sus vidas subjetivas» (Simmel, 1997: 45).

también su interés por las conexiones entre los planos económico, metafísico y político, reforzado por la relevancia que atribuye al problema de la integración plena y coherente del individuo en la vida de la ciudad, de la *polis*. La reiterada denuncia de la objetivación de la cultura moderna y del modelo de racionalidad calculista, aritmético, cuantitativo y utilitario —es éste el significado de sus expresiones para designar el «espíritu moderno [...] resultado de la economía monetaria, [que] corresponde al ideal de las ciencias naturales» (Simmel, 2001 [1903]: 33)— se corresponde con la categoría fundamental que Simmel anota en su diagnóstico de la época moderna, científico-tecnológica y metropolitana: la cultura de la indiferencia, el *blasement*, la incapacidad de percibir las distinciones significantes entre las cosas.

Simultáneamente, Simmel fue seguramente el primer teórico social que admitió la hipótesis de una relación entre la ciencia, la tecnología y el género (algo que todavía no ha sido reconocido), construida a partir de la correspondencia entre la dualidad de la cultura y la bipolarización de las identidades sexuales. La naturaleza objetiva de una de las dimensiones de la cultura humana no le llevó a considerarla independiente de la diferencia entre hombres y mujeres. Siempre dentro de su sistema dual de dependencias mutuas entre vida y formas, Simmel define como principio masculino la actividad de un espíritu que se desarrolla de forma bidimensional y donde la verdad irrumpe a través de un conocimiento que requiere una relación deductiva del pensamiento lógico. Como principio femenino, postula la inmanencia resultada de la participación de las mujeres en el todo de la experiencia y de la vida, que hace que la verdad se transforme en sabiduría. El juego relacional presente en la propuesta de Simmel explora ante todo una posibilidad, evocada a propósito de la medicina.<sup>9</sup>

#### IV. Heterogenía de los fines y autonomización de la tecnología

El carácter precoz de algunas de sus concepciones sobre la independencia o autonomía de la tecnología es un punto culmi-

9. Sobre este tema, véanse las palabras de Simmel en *La cultura femenina* (1969: 38), a propósito de la posible contribución femenina al enriquecimiento de las ciencias médicas.

nante de los principales elementos que Simmel trata para el tema que estamos discutiendo aquí y que tienen una presencia central en la *Filosofía del dinero*. Esta línea de reflexión se desarrolla de forma coherente a partir de la profundización de la caracterización de la condición cultural de los seres humanos en la época moderna aquí mencionada. Sin embargo, al mismo tiempo, avanza en direcciones de mayor amplitud y consecuencias, que implican interrogarse acerca de los objetivos del progreso tecnológico y confrontarlos con la pregunta sobre los fines últimos de la vida humana. El rescate de la argumentación de Simmel en esta cuestión clarifica la influencia que ejerció en la concepción weberiana de «racionalización», así como en todas las nociones complejas de tecnología que rehúyen su definición como un simple conjunto de medios instrumentales, visibles en Weber, Ellul, Mumford, Marcuse, y en otros varios autores contemporáneos.

Según Simmel, el peligro de que los ámbitos objetivos se hagan autónomos respecto a los sujetos que los construyeron es característico del proceso cultural moderno. La ciencia y la tecnología, entre otras áreas como el arte, están entre estos ámbitos. Es en este escenario donde ocurre el fenómeno que describiremos como «heterogonía de los fines» (expresión propuesta por Wundt y que es afín al concepto de la «paradoja de las consecuencias» de Weber): la tensión extrema entre la cultura objetiva y la cultura subjetiva se transforma en un sistema utilitarista constante donde todos los medios adquieren la cualidad de fines. Todos los fines y propósitos son reducidos a medios. La tecnología es precisamente una de las expresiones más destacadas por Simmel en lo que se refiere a las aporías humanas en el cuadro del vacío ético de la objetivación de la sociedad tecnológica, monetarizada y metropolitana. Según sus palabras, es en el carácter mágico, opaco, no explícito y dañino de los fines últimos que la tecnología supuestamente ofrece, donde se constata la evidencia absoluta de cómo los medios superan a los fines. Por lo tanto, el significado social de la tecnología proviene de su consideración en el cuadro de un entendimiento de los fines que es el producto de la restricción de la razón a los medios y a la lógica del poder. El sujeto es reducido al elemento que lo reduce.

El punto inicial de los comentarios de Simmel sobre la tecnología está constituido sobre ese fondo de preponderancia de los medios sobre los fines que es típica de la sociedad contemporá-

nea. Paralelamente a lo que propone para el dinero, Simmel sostiene la tesis de que la categoría de medio se transforma en la de fin en el ámbito de la tecnología. En otras palabras, la tecnología como medio no desaparece una vez obtenido el objetivo, no expira en un efecto determinado; por el contrario, el fin es sobrepasado por la valorización y magnitud del medio, los efectos sobrepasan los fines. «Esto depende obviamente de la preponderancia, ya enfatizada, que los medios alcanzan sobre los fines de la vida en las culturas evolucionadas» (Simmel, 1990 [1900]: 481). Una actitud cultural de inquietud, latencia e inconclusión es consecuencia de esta situación: «En la época moderna, y especialmente en la contemporánea, se da un sentimiento de tensión, esperanza y urgencia no resueltas, como si todavía estuviera por llegar lo fundamental, lo definitivo, el sentido y el centro de gravedad propiamente dichos de la vida y de las cosas» (*ídem*).

Para Simmel, el orden entre los medios y los fines se ha invertido. Esta inversión define la situación de la tecnología en el mundo contemporáneo: «De forma menos clara, pero más peligrosa y oculta, aparece esta tendencia en el carácter iluso de los fines últimos a través de los progresos de la valorización de la tecnología» (*ídem*). La tecnología se coloca en el plano de la soteriología en la época científico-tecnológica, se transforma en una ideología salvífica, como dirá Ellul (1987). La finalidad de la existencia humana se concentra totalmente en la producción de los medios: con esta red teleológica, elevamos a carácter absoluto la contradicción que se encierra en el hecho de que el medio supera al fin: el aumento de la importancia de los medios corresponde a un creciente rechazo y negación de su fin (Simmel, 1990 [1900]: 455).

La situación descrita «impregna cada vez más la vida social de las personas, afecta a los círculos más amplios de relaciones personales, políticas y económicas, y atribuye, indirectamente, un carácter distintivo a determinados grupos de edad y círculos sociales» (*ídem*). En este sentido, es en el proceso a través del cual la tecnología se trasfigura de un medio a un fin donde la misma adquiere autonomía. Sin embargo, esta autonomización no proviene, de acuerdo con Simmel, de la soberanía que las ciencias naturales y la tecnología tienen en su parcela cognitiva respecto a «nuestra mejor imagen posible de las leyes de la naturaleza» —invocando la noción de autosuficiencia (*self-sufficiency*) de la ciencia de Nicholas Rescher (1999: 115)—, sino antes

del hecho de que se transforma en una realidad inmanente y de que su grandeza es ilimitada, sobrepasando los contextos específicamente cognitivos. Aun cuando el progreso tecnológico promociona la búsqueda de nuevos fines, estos fines tienen como destino transformarse en medios de ese progreso tecnológico. Es por ello que la ilusión de la tecnología es dañina e invisible, y será tanto más amenazadora cuanto opaca porque, según la interpretación de Simmel, la tecnología pasa a ser la finalidad de la vida. La categoría de medios deja de ser adecuada para caracterizar la tecnología: «Si la relación entre las realizaciones tecnológicas y el significado de la vida es, en el mejor de los casos, la de un medio o un instrumento (y muy frecuentemente esa relación ni siquiera existe), entonces, entre las causas de la ignorancia del papel de la tecnología, nos basta mencionar la grandiosidad de su desarrollo autónomo» (Simmel, 1990 [1900]: 481).

La clarificación del enredo teleológico de la pareja conceptual medio-fin lleva a que Simmel se pregunte cuál será su fondo original, situándolo en un «error antiguo de la metafísica: proyectar en la totalidad las determinaciones que aparecen entre los elementos y que, por lo tanto, tienen un carácter relativo» (1990 [1900]: 482). Que a los «partidarios más entusiastas de la tecnología moderna» les parezca «muy extraño que su comportamiento muestre el mismo tipo de error formal que el del metafísico especulativo» (*ídem*) no invalida el diagnóstico realizado: «la dimensión relativa alcanzada por los progresos técnicos de la era moderna frente a las circunstancias anteriores, y el reconocimiento previo de determinados fines, es visto como una importancia absoluta de tales fines y progresos» (*ídem*). Con esta invocación del fondo metafísico —tan característica de este autor— del teleologismo de la pareja medio-fin, y con la conexión que establece entre la actitud del tecnófilo y del metafísico especulativo, Simmel no está introduciendo de forma indirecta la tesis de que el impulso científico de Occidente encuentra en el cristianismo una legitimación esencial, tal y como habían propuesto Lynn White o Karl Löwith, entre otros. No obstante, es cierto que en su pensamiento —más en *Schopenhauer* y *Nietzsche* que en *Filosofía del dinero*— se insinúa frecuentemente la importancia de los lazos entre la religión cristiana y los fundamentos de la idea moderna de ciencia e incluso de historia. Igualmente, el escepticismo que siempre manifestó respecto al científicismo, al histo-

ricismo y a la ideología del progreso, no es ajeno a la conciencia de que la ciencia y la tecnología empezaban a sustituir a la religión como horizonte cultural dominante, alejándose de la tendencia de muchos protagonistas del siglo XVIII y XIX, que defendían la idea de que toda sabiduría sólo podría ser de orden secular, y que la curiosidad de los hombres se debería dirigir principalmente hacia el mundo objetivo.

El rechazo de aquellas metanarrativas por parte de Simmel era movido por una inmensa y poco común —y no sólo en su época— lucidez acerca del hecho de que ellas constituían, en última instancia, representaciones metafísicas, tal y como podemos apreciar hoy después del balance de la experiencia que el siglo XX realizó con parte de ellas. Sin mostrar nostalgia por el orden del mundo que se desmoronaba con el impulso de la modernidad, pero poniendo al descubierto la mentira de la objetivación, Simmel se interroga sobre el enigma metafísico que contribuye a legitimar la transformación, a través de un criterio utilitarista sistemático, el dicho «los fines justifican los medios» por el principio «los medios justifican los fines».

El resultado de esta trama teleológica medios-fines es que lo que domina no son los posibles usos de los medios sino los medios en sí mismos. Los fines dejan de santificar a los medios, y son los medios los que santifican los fines. Será, a partir de este momento, en la creación de los medios donde se hallará la finalidad de los fines. La lógica de la teodicea leibniziana permite una articulación poderosa con el criterio utilitarista sistemático del *homo faber*: para salvar los medios, los fines han sido liberados de su papel creador. También en este caso el bien (la tecnología) sólo existe a través del mal (p. ej., la escasez o la enfermedad) y de la pugna con él. *Bonum* a través de *malum*; así es el esquema legitimador del hecho de que la finalidad inmanente de la vida se haya convertido en una incesante fabricación de medios. En este sentido, quizás comprendamos mejor la más decisiva tesis de Simmel sobre la tecnología moderna: debajo del manto metafísico de la complejidad de los sistemas de fines de la cultura moderna y del debilitamiento del cristianismo, y del fin absoluto que ofrecía (que Simmel profundizó en *Schopenhauer* y *Nietzsche*), la tecnología se ha transformado en el centro de los esfuerzos y de la importancia del ser humano. El hombre tiene hoy luz eléctrica, pero olvida que lo esencial no es la luz en sí,

sino aquello que la hace más visible. El éxtasis por el triunfo del telégrafo y del teléfono desvirtúa el contenido de la comunicación, como escribe Simmel (1990 [1900]: 482).

No cabe duda de que su llamada de atención no exclusivamente negativa hacia el universo de la cultura objetiva tiene como objetivo resaltar un conjunto de verdaderos problemas. Éstos se refieren a un tipo de intelectualización y acción que restringe la existencia humana al ámbito de la calculabilidad, de los valores monetarizados, de la acumulación ilimitada de medios como motores de una idea equivocada de progreso. Siempre que se ponen en funcionamiento los medios, es éste el pensamiento que los preside: «[La] preponderancia de los medios sobre los fines encuentra su apoteosis en el hecho de que la periferia de la vida, las cosas fuera de su esencia, se convirtieron en dominantes sobre su propio centro, o sea, sobre nosotros mismos» (*idem*). La denuncia de Simmel se realiza en nombre de una genuina filosofía existencial que rechaza la ilusión del objetivismo y del universo de poder conceptual y operativo llevado a cabo por una «formulación completamente infantil» de vencer o dominar la naturaleza (*idem*), que conduce a la pérdida del sentido de la vida y del mundo. «Si consideramos la totalidad de la vida, veremos que toda posibilidad de dominio de la naturaleza por la tecnología se da pagando el precio de quedarnos prisioneros en ella y de renunciar a la espiritualidad como punto central en la vida. Las ilusiones de esta esfera ya se manifiestan claramente en la terminología que sobre ella es usada y en la cual un modo de pensar, orgulloso de su objetividad y desmistificación, revela los rasgos contrarios a esas tendencias» (*idem*). La naturaleza no ofrece propiamente una resistencia a la capacidad científico-tecnológica, en la medida en que el elemento teleológico le es ajeno. La sujeción de la naturaleza no cambiará sus leyes y la propagada eficacia de las leyes naturales es inexistente, si por ello se supone una obligación ineludible para las cosas. Este tipo de concepción obliga a Simmel a regresar una vez más a la inesperada interconexión entre la ciencia y el fenómeno religioso: «La ingenuidad de un mal entendimiento de los métodos de las ciencias de la naturaleza, como si las leyes de la naturaleza operaran en realidad como poderes reales, tal y como un gobernante controla su imperio, corre paralela con la creencia en el control directo de Dios en las cosas terrenas» (1990 [1900]: 483). Además, Sim-

mel reafirma enfáticamente, resaltando ese antiquísimo resbalar entre la antropologización de la tecnología y la tecnificación del ser humano: «Si todo esto no fuera más que formas de expresión, éstas conducirían a todos los pensadores superficiales a través de comprensiones antropomórficas equívocas, mostrando que la forma mitológica del pensamiento también encuentra refugio en la concepción científica del mundo» (*idem*).

Dando origen a un mundo con una profusión tal de objetos, fuerzas impersonales y trabajos, comandado en un plano creciente de dominio por un enfoque instrumentalista, utilitario y aritmético, los seres humanos dejan escapar de su horizonte los fines que atribuyen sentido e importancia a los medios. Esta dirección heterogónica de los fines significa que el objetivismo y su mundo adquieren independencia respecto a la actividad humana que los ha producido. El hombre corre el peligro de transformarse en un esclavo de la mecanización, tanto en el plano de la producción como en el del consumo: «Las líneas por las que la tecnología teje las energías y los materiales de la naturaleza para nuestra vida pueden ser vistas mejor como cadenas que nos entorpecen y nos hacen ver como indispensables un sinnúmero de cosas que, para la esencia de la vida, son prescindibles. En lo que se refiere al plano de la producción, se ha afirmado que la máquina, que supuestamente debería liberar al hombre del trabajo de esclavo respecto a la naturaleza, ha forzado al hombre a ser su esclavo. Esto es más verdadero aún a nivel de la más sofisticada y comprensiva de las relaciones internas: la afirmación de que dominamos la naturaleza en la medida en que la servimos implica el reverso chocante de que la servimos en la medida en que la dominamos» (*idem*).

En una línea que Hannah Arendt posteriormente profundizará (1989: 126-135), Simmel anuncia un mundo donde ningún objeto está a salvo de la aniquilación por el consumo y donde todas las energías de los sujetos deben ser canalizadas hacia la producción de objetos hasta aquí nunca imaginados o sólo imaginados en un reino de fantasía. En la era moderna, todas las actividades y todos los seres humanos estarán sometidos al reino de la necesidad a través del principio de que la no emancipación del consumo significa la no emancipación del trabajo.

Finalmente, como consecuencia de este cuadro, «la espiritualidad y la concentración del alma» del sujeto, «aturdida por el enorme esplendor de la época científico-tecnológica, se convier-

te en un sentimiento desfallecido de tensión y deseo desorientado» (1990 [1900]: 484). El individuo es asaltado por una intranquilidad y nerviosismo omnipresentes, «como si todo el sentido de nuestra existencia fuera tan remoto que no lo pudiéramos localizar y estuviéramos siempre en peligro de alejarnos en vez de acercarnos a él. Además, es como si el sentido de la vida estuviera a nuestro alcance si fuéramos capaces de tener un poco más de coraje, fuerza o seguridad interior. En mi opinión, esta intranquilidad interior, esta urgencia desamparada en el límite de la conciencia que empuja al hombre moderno del socialismo a Nietzsche, de Böcklin al impresionismo, de Hegel a Schopenhauer, y viceversa, no tiene origen en la prisa y excitación de la vida moderna sino, por el contrario, es frecuentemente expresión, síntoma y erupción de esa condición interior. La ausencia de algo definitivo en el centro del alma nos impele a la demanda de la satisfacción momentánea a través de excitaciones, sensaciones y actividades externas continuamente nuevas. Es esto, por lo tanto, lo que nos enreda en la falta de quietud y tranquilidad que se manifiesta en el tumulto de la metrópolis, en la manía de los viajes, en la búsqueda salvaje de la competición y en la típica ausencia de fidelidad moderna en los planos del gusto, los estilos, las opiniones y las relaciones personales» (*ídem*).

De este modo, de Simmel a Weber, de Mumford a Marcuse y Ellul, se ha constituido una tradición que no piensa la tecnología como consistiendo apenas en un mundo de objetos y artefactos, tampoco siendo la civilización científico-tecnológica así llamada debido al empleo en masa de máquinas y a la magnitud de sus sistemas técnicos. En la reflexión de Simmel sobre la tecnología moderna, este fenómeno es entendido como incorporando aquello que Melzer sintetiza de forma acertada y de gran alcance: «Por detrás de los instrumentos físicos y de las máquinas reside algo que puede ser designado como “actitud” tecnológica o “modo de pensar”, o incluso “postura frente al Ser”: un entendimiento inespecífico, pero generalmente utilitario, de los fines, una atención privilegiada a los medios y al poder, la restricción de la razón a la racionalidad instrumental —la persecución metódica de la forma más eficiente de hacer cada cosa—, la fe en el dominio y control humanos, la creencia en la superioridad de lo artificial frente a lo natural y de lo mecánico frente a lo humano, y la visión de que todo lo que el hombre encuentra en la naturaleza o

en la historia es apenas materia prima, siendo libre para transformarla según sus propios propósitos» (Melzer, 1993: 292).

En el panorama desalentador que siguió a las deflagraciones atómicas del final de la Segunda Guerra Mundial y, más tarde, al conocimiento público de los gravísimos daños que las sociedades modernas industriales provocan en el ecosistema global, se ha reforzado en algunos teóricos la convicción en la potencialidad de la dirección autónoma, ilimitada o fuera de la regulación de la tecnología, dando paso a un tipo de reflexión que defiende que los avances técnico-científicos no pueden ser ciegamente aceptados y que llama la atención ante la posibilidad de la reducción de la vida humana a la tecnicidad.

## Conclusión

En el diagnóstico de la cultura del mundo moderno elaborado por Simmel, destacamos tres elementos de gran significado para la reflexión sobre la tecnología. *Primero*, la tecnología es uno de los resultados de la exteriorización del espíritu subjetivo en el mundo social y cultural y, por consiguiente, esa calidad de objetivación de la subjetividad humana integra plenamente el proceso cultural. Esta inclusión de la tecnología en la cultura es operada a través de un entendimiento que rompe con una comprensión limitada, instrumental y dirigida hacia la utilidad, y que se alarga a un tipo específico de acción, a formas de organización social y cultural y ponen al descubierto las implicaciones formativas derivadas de su papel de mediación y alargamiento del ámbito de acción humana. Lo que caracteriza el mundo moderno como un mundo tecnológico no proviene simplemente del desarrollo material extensivo, sino también de la diseminación de este fenómeno hacia otras áreas de la vida apenas formalmente alejadas del mismo. *Segundo*, el hombre se caracteriza por su condición de ser metafísico, y sus necesidades vitales no son de naturaleza tecnológica. En consonancia con la idea de que la tecnología no es una entidad neutral, su significado, por lo tanto, no está reducido a un simple conjunto de objetos e instrumentos, sino que tiene un largo alcance referente tanto al plano más directamente axiológico o político como a las relaciones espirituales, o sea, al estado de la propia relación del hombre

con el mundo. *Tercero*, como resultado de la evolución de los medios y del fenómeno de la división del trabajo asociado a la diferenciación capitalista y al estímulo del dinero, la tecnología adquiere un carácter de sistema autónomo, ilimitado y universal, en el sentido de ser el fin último y engañoso respecto a sus propios instrumentos y artefactos: la tecnología deja de funcionar en función de los fines del hombre; la humanidad pasa a funcionar en función de la tecnología.

Lo admirable en la visión que Simmel presenta es su tendencia a ilustrar la ambivalencia de la modernidad a través de los trayectos recorridos por el punto de confrontación aguda entre las dos formas de cultura presentadas a lo largo de este texto —la cultura objetiva y la cultura subjetiva. El eje central de su análisis es la alternancia del conflicto entre la vida y el espíritu, la dualidad real y simbólica que aspira a una unidad que, en la era moderna, se transforma en una búsqueda artificial (*facticia*) más que ficticia. El crecimiento de la cultura objetiva en la sociedad moderna está estrechamente conectado con un tipo de intelectualización o racionalización donde la objetividad del mundo se extiende hacia el tratamiento de los contenidos de ese mundo como objetos.

Como Durkheim, Simmel, aunque evitando la tendencia atribuida al primero en *Les formes élémentaires de la vie religieuse* en lo que se refiere al entendimiento de la religión como manifestación precientífica de la autoridad en una sociedad, estaba igualmente preocupado por las consecuencias que traería a la sociedad la negativa del hombre moderno a penetrar en el todo social a través de símbolos e imágenes ideales sin legitimación científica. Esta interpretación perspicaz, que Albert Salomon propuso en 1962, tiene el mérito de enseñarnos que, mientras Durkheim se ocupó de la dualidad esencial del hombre (como ser específicamente individual y social, apoyándose en la noción de *Homo duplex*), y George Herbert Mead recurrió a la dialéctica entre *I* y *Me*, Simmel esbozó una perspectiva histórico-filosófica suscitada por la interrogación de fondo sobre la situación del hombre y de su conocimiento en una época que concibe como erosión de la unificación de la existencia interior con la finalidad única que había sido ofrecida por la promesa de salvación del cristianismo y de las instituciones religiosas —las únicas, además de las políticas, con capacidad para constituir la organización de la acción social en su conjunto.

Sin embargo, en este punto hay algo importante que acaba por distinguir a Simmel de Durkheim: la concepción «unitaria» que el autor francés tiene de la relación entre el sujeto y las determinaciones ejercidas por un orden social inmanente se transforma, en el autor alemán —que concebía la sociología como una teoría de las formas y de la diversidad cultural, a través de la cual la vida, en el sentido metafísico, se procesa, exterioriza y deja evocar (más que captar)—, en un plano de tensión entre dos formas de cultura humana antinómicas que, sin embargo, aspiran a la unidad. Nos parece evidente que es por este orden de razones que la problemática de Simmel es, en lo que respecta a las metrópolis, el estado de la vida del espíritu, y no la integración del individuo en la ciudad a partir de un principio social totalizante. Su epistemología es esencialmente solidaria con el plano ontológico.

La muy señalada —también por varios de sus comentaristas— dialéctica de la alienación y de la libertad (o mejor, de una determinada «individuación», psicologismo y estetización de la vida) que los seres humanos experimentan de forma ambigua en la sociedad moderna, siempre ha estado articulada con su diagnóstico sombrío de las consecuencias de la división y especialización extremas de la producción, del consumo y de la ciencia, que representaban el peligro de la renuncia a penetrar y reflexionar sobre el conjunto de símbolos que permiten la participación armoniosa en la polis. Es inequívoco que Simmel reconoce en la sociedad moderna, a través de la división del trabajo y de la vida metropolitana, mayores posibilidades de apertura para que el sujeto se localice en los puntos de intersección de diversos «círculos sociales», a través de los cuales también se podrán expansionar sus oportunidades de desarrollo individual. Sin embargo, también enfatiza el peligro de que la distancia entre el crecimiento de la cultura global y los individuos se haga cada vez más grande, proceso que señaló como característico de la cultura humana, aunque con características más exacerbadas y dramáticas en el período moderno.

Guiar el mundo objetivo del hombre con relación al hombre, o mejor, a una idea del hombre, es lo que define el proyecto de Simmel. El ser humano de la preponderancia de la cultura objetiva es el resultado de la contracción del concepto que tiene de sí mismo y de su naturaleza simbólica/subjetiva. No se encuentra en Simmel una demonización de la cultura objetiva, de la misma forma que no se podría afirmar la reducción del problema



de la tecnología a un universo de objetos, artefactos, máquinas o sistemas mecánicos. En la tradición que él inauguró, postular la tecnología como un simple conjunto de aparatos sería concebirla de forma tecnificada, por ser producto de una reificación del pensamiento. Al focalizar el universo de la cultura objetiva y de la tecnología, Simmel señala un tipo de pensamiento para denunciar toda tendencia a restringir la existencia humana a ese ámbito. La situación de la cultura moderna nos lleva hacia un debate sobre la naturaleza y las transformaciones de la vida humana. El ser humano no se debe limitar a las posibilidades de la tecnología y de la razón científica explicativa, huyendo de las exigencias de la comprensión, sucumbiendo a un desvío facticio, reclusándose en un mundo apodíctico. En Simmel hay toda una antropología filosófica que se afirma contraria a la autonomización—u ontologización—de la tecnología, en su calidad de forma extrema de heteronomía de la sociedad que amenaza el concepto y la independencia de la persona. El mundo del hombre es el mundo de la tensión—eso sí, trágica—entre la cultura subjetiva y la cultura objetiva, es el mundo de lo cuantitativo, de la máquina, de la tecnología. A una tal ausencia de tensión podríamos llamar, tal vez, eficacia. La conciencia, y no la eficacia, es lo que da la oportunidad al hombre de ser humano, ser persona. Se trata de una denuncia de la objetivación del espíritu, antecámara de una imagen científico-tecnológica del hombre—que, en realidad, se transformó en un concepto crítico, cien años después, con la actual deriva del determinismo genético.

## Bibliografía

### Obras de Georg Simmel citadas

- SIMMEL, G. (1969): *Cultura femenina*, Alfragide, Galería Panorama.  
 — (1986 [1907]): *Schopenhauer and Nietzsche*, Amherst, University of Massachusetts Press.  
 — (1990 [1900]): *The Philosophy of Money*, Londres y Nueva York, Routledge.  
 — (1997): «On The Essence of Culture», en D. Frisby y M. Featherstone (eds.), *Simmel on Culture*, Londres, Sage, pp. 40-45.  
 — (2001 [1903]): «A Metrópole e a Vida do Espírito», en Carlos Fortuna (org.), *Cidade, Cultura e Globalização*, Oeiras, Celta, pp. 31-43.

### Literatura secundaria

- ARENDRT, H. (1989 [1958]): *The Human Condition*, Chicago y Londres, University of Chicago Press.  
 ARON, R. (1981 [1935]): *La sociologie allemande contemporaine*, París, PUF.  
 BAUDRILLARD, J. (1981[1972]): *For a Critique of the Political Economy of the Sign*, St. Louis, Telos Press.  
 CANTÓ I MILÀ, N. (2005): *A Sociological Theory of Value. Georg Simmel's Sociological Relationism*, New Brunswick y Londres, Transaction Publishers.  
 COSER, L.A. (ed.) (1965): *Georg Simmel*, Englewood Cliffs (Nueva Jersey), Prentice-Hall.  
 DURKHEIM, É. (1990 [1912]): *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*, París, PUF.  
 ELIAS, N. (2000 [1939]): *The Civilizing Process. Sociogenetic and Psychogenetic Investigations*, Oxford, Blackwell.  
 ELLUL, J. (1987): «Esquisse sur les idéologies de science», en D. Janicaud et al., *Les pouvoirs de la science. Un siècle de prise de conscience*, París, J. Vrin.  
 FREUND, J. (1981): «Introduction», en *Georg Simmel, sociologie et épistémologie*, París, PUF, pp. 7-78.  
 — (1998 [1966]): *The Sociology of Max Weber*, Londres, Routledge.  
 FRISBY, D. (1992 [1981]): *Sociological Impressionism. A Reassessment of Georg Simmel's Social Theory*, Londres, Routledge.  
 — (2002 [1984]): *Georg Simmel. Revised Edition*, Londres, Routledge.  
 GIL VILLEGAS M., F. (1998 [1996]): *Los profetas y el mestas*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica.  
 GINER, S. (2004 [2001]): *Teoría sociológica clásica*, Barcelona, Ariel.  
 HABERMAS, J. (1996): «Georg Simmel on Philosophy and Culture: Postscript to a Collection of Essays», *Critical Inquiry*, 22, pp. 403-414.  
 HARD, M. y A. JAMISON (1998): *The Intellectual Appropriation of Technology. Discourses on Modernity 1900-1939*, Cambridge y Londres, MIT Press.  
 HOTTOIS, G. y P. CHABOT (dirs.) (2003): *Les philosophes et la technique*, París, Vrin.  
 INNIS, H. (1971 [1923]): *History of the Canadian Pacific Railway*, Toronto, University of Toronto Press.  
 LECK, R.M. (2000): *Georg Simmel and Avant-Garde Sociology. The Birth of Modernity, 1880-1920*, Nueva York, Humanity Books.  
 LÉGER, F. (1989): *La pensée de Georg Simmel. Contribution à l'histoire des idées au début du XXe siècle*, París, Éditions Kimé.  
 LEVINE, D. (1980 [1957]): *Simmel and Parsons. Two Approaches to the Study of Society*, Nueva York, Arno Press.  
 LIEBERSOHN, H. (1988): *Fate and Utopia in German Sociology, 1870-1923*, Cambridge y Londres, MIT Press.

- MARX, K. (1906 [1876]): *Capital. A Critique of Political Economy*, Nueva York, The Modern Library.
- (1975 [1843]): «The Jewish Question», en *Early Writings*, Londres, Pelican Books, pp. 212-241.
- MELZER, A.M. (1993): «The Problem with the “Problem of Technology”», en A.M. Melzer, J. Weinberger y M.R. Zinman (eds.), *Technology in the Western Political Tradition*, Ithaca y Londres, Cornell University Press, pp. 287-321.
- MITCHAM, C. (1994): *Thinking Through Technology. The Path between Engineering and Philosophy*, Chicago, University Chicago Press.
- MUMFORD, L. (1934): *Technics and Civilization*, Harcourt, Brace & World.
- OAKES, G. (1980): «Introduction», en *Georg Simmel. Essays on Interpretation in Social Science*, Ottawa, Rowman & Littlefield, pp. 3-94.
- (1984): «The Problem of Women in Simmel’s Theory of Culture», en *Georg Simmel on Women, Sexuality and Love*, New Haven, Yale University Press, pp. 3-62.
- RESCHER, N. (1999): *Razón y valores en la era científico-tecnológica*, Barcelona, Ediciones Paidós.
- SABIDO RAMOS, O. (coord.) (2003): *Acta Sociológica*, «En torno a Georg Simmel» (México, UNAM), n.º 37, enero-abril, 325 pp.
- SALOMON, A. (1962): *In Praise of Enlightenment*, Cleveland y Nueva York, Meridian Books.
- SIMONDON, G. (1969): *Du mode d’existence des objets techniques*, París, Aubier Montaigne.
- VANDENBERGHE, Frédéric (1997): *Une histoire critique de la sociologie allemande. Aliénation et réification*, t. I, París, Éditions La Découverte.
- (2002): *La Sociologie de Georg Simmel*, París, Éditions La Découverte.
- WAIZBORT, L. (2006 [2000]): *As Aventuras de Georg Simmel*, São Paulo, Editora 34.
- WATIER, P. (ed.) (1986): *Georg Simmel, la sociologie et l’expérience du monde moderne*, París, Méridiens-Klincksieck.
- WATIER, P. (2000): *Le savoir sociologique*, París, Desclée de Brouwer.
- WEBER, M. (1979 [1922]): *Economy and Society: an Outline of Interpretative Sociology*, Berkeley y Londres, University of California Press.
- WEINGARTNER, R.H. (1960): *Experience and Culture. The Philosophy of Georg Simmel*, Middletown, Wesleyan University Press.
- WEINSTEIN, D. y M.A. WEINSTEIN (1993): *Postmodern(ized) Simmel*, Londres, Routledge.
- WEINSTEIN, J. (1982), *Sociology/Technology. Foundations of Postacademic Social Science*, New Brunswick y Londres, Transaction Books.
- WINNER, L. (1977): *Autonomous Technology. Technics-out-of-Control as a Theme in Political Thought*, Cambridge, MIT Press.
- (1986): «Do Artifacts have Politics?», en *The Whale and the Reactor. A Search for Limits in an Age of High Technology*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 19-39.
- WOLFF, K.H. (ed.) (1959): *Georg Simmel, 1858-1918. A Collection of Essays, with Translations and a Bibliography*, Columbus, Ohio University Press.